

# LAS PALMERAS

Iria Aldomar Dosouto

Érase una vez, en algún lugar del Pacífico, una isla desierta. Como era lógico, había muchas otras por los alrededores, pero aquella era especial. Las islas de estos lugares tienen palmeras, que proporcionan cocos y sombra, pero esta Isla era más original aún, si cabe. Estaba habitada por tres palmeras. No olvidemos que se trata de un paraje muy particular, al igual que las palmeras, que producían cocos y sombra. En los ratos de aburrimiento se dedicaban a hablar entre ellas y a comentar el paso del tiempo.

Pero una cálida mañana de verano, como tantas otras, un joven marinero alcanzó a nado la isla. Iba totalmente desnudo, a excepción de un rudimentario calzón, muy corto, tejido con la lona de un barco. Su semblante exhausto y su barba de cuatro días le daban un aterrador aspecto, al que se sumaban las ojeras de su rostro, muy acentuadas. Después de estar un tiempo haciendo señales de humo y de gritar cuando veía un barco, finalmente fue rescatado por un velero.

-¿Habéis visto eso? –dijo una de ellas, la más mayor.

-¡A él lo salvan los suyos y nosotras seguimos aquí! –comentó la mediana.

-¡Qué triste es esto: nosotros les damos cocos y sombra para que huyan del bochornoso sol y mirad como nos lo agradecen! –repitió la primera.

-No somos nadie, hermana –suspiró la mediana.

-Nadie –reiteró la mediana, y añadió-. ¿Y qué le pasa a ésta?

La tercera palmera tarareaba una canción de cuna, meciéndose de un lado a otro. “Arrurrú, arrurrú”, cantaba soñadora.

-¿Cómo que “arrurrú”? ¡Aterriza, mujer! –apremió la primera palmera.

-¿Qué pasa, qué pasa? –dijo atropelladamente.

-Estábamos comentando que estamos aquí de pendones, sólo existimos si viene un naufrago. En ese caso hay que ofrecerle cobijo, claro está, y luego nada, como si no existiéramos –agregó la palmera mediana.

-Ni siquiera nos airean la tierra para que estemos más cómodas –replicó la palmera mediana.

Y así discutían cada vez que un naufrago llegaba a la isla. Hasta que una noche vieron una luz en el horizonte que se acercaba más y más. A medida que se iba aproximando a la playa podía distinguirse una canoa, en la que viajaba una única persona. Se trataba de un anciano, de larga y canosa barba, que vestía una túnica amarilla, ceñida con una soga.

El estafalario personaje sacó una mesa plegable de su maleta y la montó sobre la arena, ante las boquiabiertas caras de las palmeras. A continuación, extrajo una hamaca, una sombrilla, unas gafas de sol y otros objetos que fue desparramando a su alrededor. La palmera joven preguntó, curiosa:

-¿Y es posible que quepan todos esos artilugios en su maleta?

El hombre no respondió. Se limitó a seguir colocando cosas en la playa, entre otras una botella con un espumoso líquido verde. Pero había oído:

-¿Podría decirme...? –insistió la palmera joven.

-Sí, sí, ya te escuché. Aunque no sabría exactamente como responderte. Esta maleta la heredé de mi padre, y él del suyo, y así sucesivamente. Tiene la genial propiedad de facilitarme lo que necesito al susurrárselo, ya sea un reloj, un refresco o una almohada –explicó el viejo-. Aunque, sinceramente, creo que aquí no voy a necesitar colchones o

almohadas. Esta arena parece un buen colchón, cálido y mullido –aclaró mientras se tumbaba en el suelo.

La arena cedió bastante, y se le quedó enganchada en sus greñas, que se tornaron de color dorado por unos instantes. Aquello le hizo cambiar la opinión que tenía acerca de ella. Con una expresión de desagrado en el rostro, susurró una vez más sobre la maleta. Sacó una manta de chillones colores y, haciendo caso omiso a las palmeras se echó a dormir hasta la mañana siguiente. Mientras dormían, las palmeras hablaban:

-¿Dónde habrá podido conseguir ese magnífico bolso? ¡Es realmente maravilloso! –comentó la palmera mayor.

-A lo mejor es el futuro. Tal vez haya algo ahí dentro que nos permita cambiar nuestro modo de vida –supuso la palmera joven.

-Ni se te ocurra intentar averiguarlo. ¿Y si te sucediese algo y no pudiéramos ayudarte? –reprendió la palmera mediana.

-Pero yo...

-No hay pero que valga –advirtió la palmera mayor-. Sólo una persona sabe lo que hay ahí dentro, y ése es el anciano. Y no creo que esté muy por la labor de que mires lo que guarda.

-Aunque, pensándolo bien –dijo la palmera mediana-, a mí también me ha picado la curiosidad de...

-¡¡Nada de nada!! –exclamó la palmera mayor, enfurecida-. ¡¡Aquí nadie va a hacer nada sin que lo hayamos hablado seriamente!! ¡¡Y es mi última palabra de este tema!!

Dicho esto, se giró dándoles la espalda, con lo que las palmeras más jóvenes pudieron urdir un plan para averiguar el misterio de la maleta del hombre. Después de estar especulando durante lo poco que quedaba de noche, consiguieron llegar a una conclusión:

-Entonces iré yo cuando vuelva a caer la noche –decidió la palmera joven.

-¿Estás segura de que quieres ir tú? ¿No crees que es mejor que vaya yo? –propuso la palmera mediana.

-No. Está decidido, iré yo y averiguaré qué guarda él en su maleta. Tú tienes que vigilarla a ella –dijo señalando a la palmera mayor, que seguía a lo suyo de espaldas a ellas-, no vaya a ser que se despierte.

-No sé. Todo esto me da muy mala espina. ¿No crees que será mejor que nos olvidemos de todo esto y que sigamos a lo nuestro cuando se vaya? –planteó la palmera mediana-. Porque se va a ir de aquí, ¿no?

-¿Y yo que sé si se va a ir de aquí? –defendió la palmera joven-. Además, no recordaba que tú fueras tan miedosa. ¿Recuerdas cuando éramos sólo un par de ramitas? A ti siempre te gustaba dejarte llevar por el viento, a un lado y a otro, y podía haberte arrancado y llevado a no se sabe donde, lejos de nosotras.

-Vale, vale, no hace falta que te pongas así –contestó la palmera mediana-. Si quieres ir tú, pues ve tú, y que tengas mucha suerte hagas lo que hagas.

-Gracias por entenderme, hermana.

Cuando el sol empezó a desperezarse por oriente, el anciano se despertó, guardó la manta y la hamaca en su maleta. Cambió su túnica amarilla por unas bermudas de colores y se echó al mar, a nadar y refrescarse. Mientras tanto, las palmeras se estiraban y conversaban. Habían decidido mantenerse alerta, porque la mayor podía enterarse de la estratagema urdida por sus hermanas. Ella se limitaba a hablar con el viejo y a contarle lo que tantas veces había hablado con sus hermanas. Las palmeras más jóvenes iban inquietándose conforme iba avanzando la tarde. El sol, agotado de proveer de luz y calor al planeta, decidió irse a

descansar dejándose caer tras el horizonte. El sueño iba venciendo al anciano y a la palmera mayor, que poco a poco iban cayendo presa del mismo.

Poco a poco, lentamente, las dos palmeras se iban sacando la arena de encima, en absoluto silencio. Sabían que la palmera mayor tenía el sueño muy ligero, y podía descubrirlas al menor descuido. El anciano tampoco debía tener el sueño pesado, a juzgar por las ojeras que había tenido durante todo el día. Sigilosamente, las palmeras se acercaron a la maleta, y la abrieron cuidadosamente. El misterio estaba a punto de romperse en mil pedazos. Finalmente, con un crujido lastimero, el cierre de la maleta cedió, mostrando lo que había en su interior. Se trataba de un extraño vapor azulado, que emitía destellos dorados cuando recibía soplos de aire. En aquel momento, el anciano se agitó bruscamente en la hamaca y abrió momentáneamente los ojos. Vio un destello de luz azul y a las dos palmeras contemplando el interior de la maleta. Intentó moverse, pero era demasiado tarde. La palmera joven ya había sido absorbida por aquel misterioso efluvio:

-¡Y tú le permitiste hacerlo, insensata! –vociferó la palmera mayor-

-¿Y qué querías que hiciera? ¡No podía impedirselo, estaba muy decidida a hacerlo! – se defendió la palmera mediana.

-Me gustaría ayudaros –comenzó el anciano-, pero...

-¡Usted cálese! ¡Bastante ha hecho ya dejando esa endemoniada maleta a la intemperie! –dijo la palmera mayor.

-Bueno, nosotras ya no podemos hacer nada más. Esperemos que esté bien allá donde fuera –intentó sosegarla la palmera mediana.

La palmera mayor se tranquilizó momentáneamente. Estaba realmente enojada por lo sucedido, pero decidió disimularlo para no incomodar al anciano.

Mientras tanto, dentro de la maleta, la palmera joven se encontraba en una dimensión desconocida. Era el lugar más desconcertante que había visto en su escueta vida. Como nubes de algodón en un firmamento inexplorado se amontonaban distintos objetos. Muñecas de porcelana, caramelos, juguetes, flores. Por una desconocida intuición, ella descubrió de qué se trataba aquello. Eran los sueños de las personas del globo. La maleta albergaba los sueños y pensamientos de la humanidad, flotando en tierra de nadie.

-¿Cómo habrán llegado los sueños aquí? –se preguntaba, curiosa, la joven palmera.

-Hermana, ¿me oyes? –dijo una voz.

-¿Quién ha dicho eso? –quiso saber la palmera joven.

-¡Soy tu hermana mayor! –repitió la voz.

-¿Y se puede saber cuál de las dos? –preguntó la palmerita-. Porque tengo dos hermanas mayores.

-¡No me tomes el pelo, anda! –contestó la voz-. Soy tu hermana Mayor, la más mayor. ¿Entiendes?

-Vale, vale –asintió la palmera-. ¿Y qué es lo que quieres? ¿Cómo has conseguido hablarme?

-¡Escúchame bien, Joven, soy tu hermana mediana! –exclamó una segunda voz-. No tememos ni la más mínima idea de lo que ha pasado, y tampoco sabemos cómo hemos podido contactar contigo, pero no dejes de hablarnos, ¿entendido?

-Ahora dinos, ¿qué es lo que ves? –interrogó la primera voz.

Ella les explicó brevemente lo que estaba viendo, y la razón por la que habían llegado allí.

-¿Los sueños? –repitió curiosa la palmera mediana.

-Efectivamente –confirmó la palmera joven-. Ahí está la procedencia de la hamaca, de la mesa plegable.

-¿No creéis que sería conveniente despertarlo y pedirle una explicación acerca de todo? –propuso la palmera mediana señalando al anciano.

-No –señaló el anciano-, porque ya llevo despierto un buen rato-. Y en cuanto a lo que ha sucedido aquí, creedme que no sabía los efectos de esta maleta ni su contenido.

-Está bien –admitió la palmera mediana-, pero nuestra hermana está ahí dentro, atrapada de alguna extraña manera. Por lo menos nos ayudará a averiguar cómo sacarla de ahí, ¿no?

El anciano se tomó un largo rato para pensar cómo arreglar aquel revés. Finalmente llegó a una conclusión razonable. De uno de los bolsillos de su túnica extrajo un dispositivo extraño. Tenía una forma cilíndrica, de un azul como desteñido. Pulsó una tecla y comenzó a oírse un desagradable sonido.

-Mi padre me entregó este aparatito cuando me dio la maleta encantada –comentó el anciano-. Me dijo que lo utilizara sólo en casos extremos y, dado que éste lo es, no me queda más remedio que hacerlo.

El aparato seguía emitiendo pitidos, como un androide en una película de ficción, hasta que, por último, imprimió un mensaje en clave, escrito con una impecable caligrafía decimonónica. Después de que el anciano lo tradujera, podía leerse lo siguiente: “Para a la maleta detener, la tendréis que descoser”

-¡Eso jamás! –exclamó la palmera mayor-. ¿Y si a nuestra hermana le sucediera algo que no quisiéramos?

-Déjalo ya, hermana –intentó sosegarla la palmera mediana-. No nos queda otra opción. Tendremos que hacerle caso al anciano.

-Te aseguro que no le sucederá nada a tu hermana –afirmó el anciano-. Confía en mí.

La palmera mayor aceptó a regañadientes, aunque no estaba muy convencida, y el anciano procedió. Con una extraña habilidad, fue descosiendo la maleta con los dedos. Los hilos y los fragmentos de tejido iban cayendo a la arena. Finalmente, el anciano terminó la tarea. El vapor azulado quedó flotando en el aire. Lentamente la neblina fue disipándose hasta que desapareció por completo.

-¿Y dónde está nuestra hermana? –quisieron saber las dos palmeras.

La palmera más joven yacía sobre la arena, unos metros más allá, con una expresión de radiante felicidad en el rostro. Sus hermanas corrieron a su encuentro.

-Bueno, ¿cómo te encuentras? –preguntó la palmera mediana, en tono condescendiente.

-La verdad es que no sé si ese lugar existía de verdad, pero fue impresionante lo que vi –explicó la palmera joven-. El vapor azul no sé de donde habría salido, pero era realmente increíble.

Después de todo aquello, el anciano se fue, no sin antes dejarles un regalo muy especial para ellas. Se trataba de unos pies para cuando no estuvieran bajo tierra, y así podrían ser felices corriendo y jugando por la playa por siempre jamás.